

# LECCIONES DE LAS MALVINAS

Cuando se desató el conflicto de las Malvinas proponíamos en un comentario de ECA (Abril, 1982, pp. 289) algunos problemas que levantaba la disputa de la soberanía de las islas. Hoy tras la derrota de Argentina y la recuperación del territorio por parte de Gran Bretaña podemos dar algunas respuestas a aquellos problemas.

Estaba de por medio en el conflicto de las Malvinas la solidaridad latinoamericana y el tipo de relación que mantiene Estados Unidos con América Latina. Estaban en juego la OEA y el TIAR y hasta la doctrina Monroe. Hoy sabemos mucho de cómo están realmente estas cosas que en el papel sirven de engaño para incautos.

Por lo que toca a las relaciones latinoamericanas emocional e ideológicamente se despertó una gran solidaridad. Países tan contrarios al régimen argentino como Cuba o Nicaragua se pusieron de parte de los argentinos, porque eran latinoamericanos en conflicto con una potencia extracontinental. Venezuela también tomó una postura firme frente a la violencia británica. Casi no hubo país —fuera de los pocos presionados por Estados Unidos— latinoamericano que no protestase vehementemente por la agresión inglesa y ofreciese su respaldo diplomático y, en menor escala, su respaldo económico y militar. Hasta cierto punto quedó demostrado que hay una Latinoamérica, aunque la eficacia real de esta unidad de intereses y de emociones, de historia y de cultura quedó bastante en entredicho por la ineficacia y la neutralización de posibles organismos latinoamericanos, que pudieran funcionar en estos casos como la OTAN o la Comunidad Económica Europea. Ya varios países latinoamericanos han hecho la propuesta de que cuanto antes se constituya una organización latinoamericana para defender de verdad los intereses latinoamericanos.

Porque resultó evidente de la conducta de Estados Unidos que Estados Unidos no está con América Latina, que la OEA en estas condiciones más conviene a los estadounidenses que a los latinoamericanos, que el TIAR no es contra potencias extracontinentales y que la doctrina

Monroe está para que nadie dispute a Estados Unidos sus intereses en la zona. Estados Unidos no sólo no apoyó a Argentina, no sólo no permaneció neutral, sino que ayudó militarmente a Gran Bretaña para que masacrara a los argentinos y para que la potencia extracontinental recuperara las Malvinas. Apeló, eso sí, a que se había violado el derecho internacional en el ataque de las tropas de Galtieri, pero esto no es más que un pretexto, porque de otra manera muy distinta actúa en la invasión israelí del Líbano, donde las armas norteamericanas son la principal apoyatura de la barbarie judía contra la población civil en un país soberano y de estado de derecho. Estados Unidos no está con América Latina y, por tanto, América Latina no tiene por qué estar con Estados Unidos ni confiar en Estados Unidos para resolver sus problemas. Estados Unidos prefiere que las Malvinas estén en manos de sus verdaderos aliados de la OTAN por razones estratégicas y por razones económicas; en la disputa de las islas no se luchaba por una bandera de parte de los ingleses, sino por una posición de enormes posibilidades estratégicas camino de la Antártida y de seguras riquezas materiales. Los intereses norteamericanos son mucho más afines a los intereses capitalistas europeos que a los intereses tercermundistas latinoamericanos y, por tanto, en caso de conflicto más se irán a favor de aquéllos que de éstos.

De ahí la lógica latinoamericana de no quedar encerrados nuestros países en los marcos de la OEA, del TIAR o de la doctrina Monroe, que son marcos creados por Estados Unidos y para Estados Unidos. Es preciso cuanto antes crear otros marcos, en los cuales no participe la superpotencia del norte, porque sus intereses y sus sentimientos sólo pueden coincidir accidental y coyunturalmente con los nuestros. Verdad es que no resulta fácil traducir la retórica latinoamericana en organismos eficaces a la hora de la unidad conjunta en lo político, en lo militar y en lo económico. Pero la lección está ahí. La neutralización de los intentos independentistas viene de Estados Unidos y si se quiere superar esa neutralización es menester salirse de la tutela yanqui.



Continentalmente esa es la lección más importante. La irritación latinoamericana por la posición estadounidense en favor de Gran Bretaña y en contra de Argentina puede conducir a nuevos planteamientos y a nuevas políticas continentales. No se trata de odios y venganzas contra los gringos; se trata de algo más profundo, se trata de que los norteamericanos no van a estar seriamente a nuestro favor más que cuando esto no les acarree desventajas y sólo en la medida en que les traiga ventajas. Con el agravante de que entre países tan disímiles la coincidencia de las ventajas será siempre pequeña y siempre en favor del más poderoso.

El uso de la violencia para resolver problemas políticos quedó también claro. Argentina empleó la fuerza para recuperar las islas, aunque ejerció ese uso de un modo muy moderado; Gran Bretaña no quiso fiarse de ningún foro político internacional y lanzó toda su fuerza contra los soldados argentinos, sin hacer caso alguno ni de los reclamos del Papa ni de otras instancias. Obispos de un lado y de otro bendijeron el derecho y la valentía —léase la violencia— de cada uno de sus propios ejércitos. Pocos fueron los que acompañaron al Papa en su denuncia de la irracionalidad de la violencia en el caso de las Malvinas y el propio Papa no suspendió su viaje al Reino Unido en protesta por la guerra, sino que comenzó ese viaje con otro a Buenos Aires.

Mucho hay que pensar sobre la inevitabilidad e irracionalidad de la violencia como modo de solución de los problemas políticos. Aún estamos muy lejos de la solución mejor y nadie parece tener derecho a nada si no tiene fuerza con qué defenderlo. El más fuerte es el que acaba imponiendo su derecho. Estados Unidos se olvidó que por la fuerza expulsó a los ingleses colonialistas de su territorio y que por la fuerza sigue imponiendo sus intereses.

El episodio de las Malvinas trajo una prueba más de los males que el militarismo latinoamericano trae a nuestro continente. Unos militares cuyas manos están sucias de sangre por los miles de desaparecidos de los que son responsables en nombre de la "seguridad nacional"; unos militares cuya incapacidad técnica y ética ha llevado a continua llevando a uno de los países más ricos de América a una trágica y galopante bancarrota; unos militares, cuya miopía política ha continuado descoyuntando la organización social de uno de los pueblos más "civilizados" del área, se lanzan, por su cuenta y riesgo, a una guerra mal ideada y peor realizada, para salvar su desprestigio político y para galvanizar a un pueblo que no les quiere. Cierto es que el pueblo argentino cayó en la trampa de un falso nacionalismo siempre a flor de piel, como cayó el pueblo salvadoreño en la llamada guerra inútil contra Honduras en 1969. Ese nacionalismo no sirve porque oscurece



la razón y no deja que los representantes verdaderos del pueblo decidan de manera responsable y no populachera lo que realmente conviene al pueblo y a la nación. Los militares en América Latina no están en condiciones de hablar en nombre del pueblo ni están en condiciones de responder a los verdaderos intereses populares. La historia pasada y presente lo está demostrando. Son necesarios como parte integrante de la nación, pero no pueden ser, por lo general, sus dirigentes. Muchas veces, ni siquiera saben hacer la guerra ni la saben ganar, cuanto menos sabrán conducir los asuntos mucho más complejos de la vida entera de una nación.

Las Malvinas ha sido un episodio doloroso en la historia latinoamericana. Pero ha sido un episodio aleccionador, sobre todo en lo que se refiere a las relaciones con nuestro vecino del Nor-

te. Si ese episodio representa un paso decidido para liberarse de la dependencia norteamericana, al menos de la dependencia política, un bien importante se habrá sacado de un mal que se pudo evitar. La madurez de la conciencia política latinoamericana debe buscar nuevas vías de autodeterminación y solidaridad, teniendo muy en claro que si nosotros no miramos por nuestros intereses propios, que si nosotros no nos defendemos a nosotros mismos, no lo va a hacer precisamente Estados Unidos, que nunca lo ha hecho, más que cuando ha sido de su conveniencia. Y aquí, en El Salvador debemos aprender que la ayuda norteamericana no es en nuestro favor, sino que es para su conveniencia, que muchas veces no es la nuestra.

E.B.